

# Fechas en la memoria social

## Las conmemoraciones en perspectiva comparada<sup>1</sup>

Elizabeth Jelin<sup>2</sup>

El 11 de setiembre de 1973, las fuerzas armadas de Chile derrocaron al gobierno constitucional presidido por Salvador Allende. El Palacio de la Moneda fue bombardeado y el presidente Allende murió dentro del palacio presidencial. La dictadura militar inaugurada ese día, bajo el mando de Augusto Pinochet, se extendió durante diecisiete años, hasta las elecciones de 1989 y la asunción de Patricio Alwyin en 1990.

En Uruguay, las violentas confrontaciones políticas de comienzos de la década del setenta desembocaron en la suspensión de las libertades y garantías constitucionales en 1973. El estado dictatorial se prolongó hasta 1985, cuando ganó las elecciones y asumió como presidente José María Sanguinetti.

Jelin, Elizabeth, 2004, "Fechas de la memoria social. Las conmemoraciones en perspectiva comparada", en *ÍCONOS* No. 18, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 141-151.

El 24 de marzo de 1976, en medio de confrontaciones políticas muy intensas, un golpe militar desplazó a Isabel Perón como presidente de Argentina. Se inició la más sangrienta dictadura militar que conociera la historia argentina. La dictadura se mantuvo hasta diciembre de 1983, cuando juró como presidente constitucional Raúl Alfonsín.

Brasil y Paraguay comenzaron sus largas experiencias dictatoriales antes. En Paraguay, después de un golpe militar en 1954, Alfredo Stroessner fue "elegido" presidente, y sumó reelecciones durante treinta y cinco años, hasta el golpe que lo derrocó en 1989. Brasil, por su parte, sufrió un golpe militar en la noche del 31 de marzo de 1964, y después de una inacabable transición, en 1985 se eligió un presidente civil. Habían pasado veintidós años.

Estos son cinco países vecinos, con cinco geografías e historias muy diferentes y específicas. Sin embargo, además de compartir sus historias de colonialismo e independencia, hay varios rasgos que los vinculan en una "región" política –para lo cual se necesita una noción de región más fuerte que la basada en la simple proximidad territorial-. En primer lugar, hay una larga historia de fronteras porosas, que han incluido movimientos permanentes de exiliados políticos. Desde comienzos del siglo XIX, los exiliados políticos se caracterizaron por participar en la organización de movimientos de oposición e intentos de cambio en sus países de origen. Al mismo tiempo y en parte para ese mismo objetivo,

1 Este artículo recoge ideas de la introducción de un libro en preparación que es parte del programa "Memoria colectiva y represión: Perspectivas comparativas sobre el proceso de democratización en el Cono Sur de América Latina", patrocinado por el Social Science Research Council (Nueva York). El libro incluye artículos sobre cada uno de los cinco países (Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay), elaborados por los investigadores-becarios del programa.

2 Elizabeth Jelin es investigadora del CONICET y directora académica del Programa Memoria colectiva y represión. Trabaja en la Universidad de Buenos Aires.

mantuvieron contactos y vínculos cercanos con fuerzas políticas en los demás países de la región, formando alianzas y desarrollando lazos de solidaridad duraderos. En segundo lugar, durante las recientes dictaduras, la represión estuvo coordinada en escala regional. El descubrimiento de documentos relacionados con el Operativo Cóndor, que se inició con el descubrimiento de los “Archivos del Terror” de la policía secreta paraguaya en 1991 y continúa con nuevas revelaciones casi a diario<sup>3</sup>, pone en evidencia pública y legítima por la existencia de textos escritos, lo que muchas víctimas sabían por haberlo vivido “en carne propia”.<sup>4</sup> En tercer lugar, y como contrapunto a lo anterior, durante las dictaduras se fueron desarrollando redes de solidaridad y denuncia de las violaciones a los derechos humanos fuertemente intercomunicadas e integradas, que siguieron existiendo y trabajando después de las transiciones (Keck y Sikkink, 1999; Lima, 2000). La red de derechos humanos es global; es también *activamente* regional. En los años ochenta y noventa, los procesos de transición en los diversos países también estuvieron interrelacionados, con diálogos e intercambios permanentes entre estrategias políticas, analistas y activistas. Hay mucho aprendizaje de los procesos que ocurren “del otro lado de la frontera”. Por supuesto, también hay rivalidades y conflictos.

Un rasgo que los cinco países comparten en el tema que nos ocupa es que el pasado dictatorial reciente no está cerrado; es parte central del escenario político del presente. Las “cuentas” con el pasado no están saldadas, ni en términos institucionales ni en términos simbólicos. A medida que pasa el tiempo y se torna posible concebir una distancia tempo-

ral entre pasado y presente, interpretaciones contrapuestas y a menudo rivales sobre el pasado reciente y sus memorias se instalan en el centro del debate político y cultural, tornándose cuestiones públicas ineludibles del proceso de democratización.

¿Dónde estudiar los procesos de construcción de memorias? ¿Cuáles son los escenarios donde se despliegan los conflictos entre diferentes interpretaciones y sentidos del pasado? Un punto de entrada para abordar el tema es el espacio de las luchas acerca del sentido de ciertas fechas y prácticas conmemorativas. Algunas fechas pueden tener un sentido muy amplio, que incluye prácticamente a toda la población de un país, como el 11 de setiembre en Chile o el 24 de marzo en Argentina. Otras pueden tener sentido en un nivel local o regional. Para dar un ejemplo, en Ledesma, Jujuy, se realiza cada año una *Jornada de derechos humanos y cultura*, conmemorando la represión que ocurrió en julio de 1976 (el *Apagón del terror* en el ingenio azucarero local). Finalmente, hay fechas con sentidos personales o privados: el aniversario de un secuestro, el cumpleaños de alguien que ya no está.

En la medida en que existen diferentes interpretaciones sociales del pasado, las fechas públicas mismas se convierten en objeto de disputas y conflictos. ¿Qué fechas deben ser conmemoradas? O, en otras palabras, ¿quién/es quiere/n conmemorar qué? Pocas veces hay consenso social sobre estas fechas. Y las mismas fechas tienen sentidos diferentes para actores políticos diversos que enmarcan sus luchas políticas del *ahora* con relación a esas fechas.

Las memorias sociales se construyen y establecen a través de prácticas y de “marcas”. Son prácticas sociales que se instalan como rituales; marcas materiales en lugares públicos e inscripciones simbólicas, tales como los calendarios. Los ritmos anuales –repetitivos y al mismo tiempo cambiantes de un año a otro– ofrecen las ocasiones, las fechas y los aniversarios, para los eventos de recordación y de conmemoración. Pero las marcas e inscripciones no están cristalizadas una vez que fueron instaladas. Su sentido es apropiado y resignificado por acto-

3 A comienzos de marzo de 2001, la información periodística dio cuenta de nuevos documentos desclasificados por el Pentágono y el Departamento de Estado de los Estados Unidos, que no solamente indican que el gobierno de ese país estaba al tanto del Operativo y de su *modus operandi*, sino que comprometen de manera activa a los Estados Unidos en dicho operativo.

4 Por ejemplo, Celiberti (1989) relata el operativo de su secuestro en Porto Alegre y su traslado a Montevideo, donde permaneció presa durante muchos años.

res sociales diversos, de acuerdo a sus circunstancias y al escenario político en el que desarrollan sus estrategias y sus proyectos.

Esta ubicación de las memorias en las circunstancias y contextos de las luchas del presente tiene una implicación importante para la estrategia de investigación: la necesidad de “historizar la memoria”, o sea, analizar las transformaciones y cambios en los actores que intervienen, en sus sentidos y en los climas culturales y políticos en que se desenvuelven las prácticas de conmemoración.

## Argentina<sup>5</sup>

El 24 de marzo de 1976 una Junta Militar depuso al gobierno electo y comenzó lo que ella misma definió como “Proceso de reorganización nacional”.<sup>6</sup> El nivel de conflictividad política había llegado a un punto altísimo, con expresiones cotidianas de violencia paramilitar y el accionar de la guerrilla armada, aunque ya en declinación. El golpe incluyó un elaborado plan diseñado para eliminar siste-



máticamente a opositores: el secuestro, la tortura y la desaparición forzada de personas era parte medular de la propuesta. Desde ese año, el 24 de marzo se convirtió en una fecha que evoca sentidos diferentes para diversos actores. Desde ese año, nunca dejó de ser conmemorado.

Durante la dictadura, el escenario público de la conmemoración estuvo ocupado por el discurso militar. En realidad, el acto militar fue siempre “cerrado”, sin participación civil. El único punto de contacto entre militares y

civiles era el “Mensaje al pueblo argentino”, en el que se explicaba que los militares se habían visto forzados a ocupar el estado para salvar a la nación del caos, la falta de gobierno y la amenaza terrorista. Aunque el discurso nombraba al enemigo, “la subversión”, no había confrontación pública con nadie. La represión era demasiado intensa como para imaginar la posibilidad de expresar públicamente cualquier tipo de oposición en eventos y fechas de conmemoración. No había voces públicas en el país, sino dolores privados y resistencias silenciosas. En el exterior, las campañas de denuncia y de solidaridad fueron crecientes y cada vez con mayor impacto.

El aparentemente sólido muro de la dictadura comenzó a fisurarse unos años después. A partir de 1980 el discurso militar comenzó a incluir “respuestas” a las acusaciones de violaciones a los derechos humanos. Aunque quienes denunciaban y demandaban no podían expresarse públicamente los 24, sus voces estaban implícitas en las respuestas de la Junta. Desde 1981, y más aún después de la derrota en Malvinas en 1982, las conmemoraciones oficiales fueron perdiendo fuerza, y sólo consistían en respuestas a las demandas por la represión. En su último año, 1983, no

5 Esta sección se basa en el trabajo de Federico G. Lorenz, “¿De quién es el 24 de marzo? Las luchas por la construcción de la memoria del golpe del '76”, elaborado en el marco del Programa “Memoria colectiva y represión”. Doy por supuesto que los lectores conocen los hechos básicos de los últimos 25 años en Argentina, razón por la cual se mencionan sin mayores detalles. Para un análisis del proceso de transición y del papel del juicio a los ex-comandantes y el movimiento de derechos humanos ver Acuña y Smulovitz 1995 y Jelin 1995.

6 Como señala Rousso (en Feld, 2001) no es posible pensar que primero viene un “acontecimiento” y después su memoria o conmemoración. En el momento del acontecimiento, sus actores y los demás ya le dan un sentido y una interpretación sobre la cual se construyen los sentidos posteriores.

hubo mensaje público por parte de las autoridades militares.

Las organizaciones de derechos humanos fueron los antagonistas centrales en cuanto a la interpretación de los hechos del 24 de marzo. Este hecho coloreó las actividades conmemorativas desde la transición. La fecha se convirtió en una ocasión para expresar abiertamente las luchas del movimiento de derechos humanos, con sus éxitos y fracasos. De hecho, fue el movimiento quien ocupó la escena pública de la conmemoración de la fecha, mientras que los partidos políticos y el gobierno se mantenían en silencio y estaban ausentes de la fecha. Durante los primeros años después de la transición, las conmemoraciones incluyeron una gama muy amplia de formas de expresión, todas ellas ligadas a la memoria de la dictadura y sus consecuencias: siluetas, murales, obras de teatro, además de las marchas y los pañuelos de las Madres.

El empuje inicial fue seguido por una declinación en las conmemoraciones públicas, coincidiendo con las “derrotas” políticas de la Ley de Punto Final, Obediencia Debida y finalmente el indulto del presidente Menem en 1990.

1995 marcó un momento de cambio, a partir de las declaraciones de Scilingo y la cercanía del 20° aniversario del golpe.<sup>7</sup> Desde entonces, las organizaciones de derechos humanos han dedicado mucho esfuerzo a las actividades conmemorativas. A partir de 1996, las conmemoraciones incluyen una presencia importante de jóvenes (especialmente a través del movimiento HIJOS), expresiones estéticas novedosas en este tipo de marchas (murgas) y la presencia de diversos grupos sociales que, con su presencia, amplían el campo de demandas relacionadas con la violación de derechos humanos (minorías sexuales, minorías étnicas, víctimas de violaciones a derechos económicos -desocupados y despedidos, los “sin techo”, etc.-). También se amplió la gama de organizaciones que convocan a la conmemoración. La presencia de organiza-

ciones sociales diversas –sindicales, sociales, políticas- en la organización de la conmemoración implica necesariamente la emergencia de disputas de poder acerca de si el 24 “tiene dueño” (Jelin, 2000).

En todos estos años desde la transición, el estado estuvo ausente en las conmemoraciones. La acción estuvo y está en manos de actores sociales. Sin embargo, muchos líderes políticos participan en las marchas y eventos, e intentan ubicarse en lugares de alta visibilidad, especialmente para la cobertura de los medios de comunicación de masas.

En resumen, la historia argentina de los últimos 25 años no muestra confrontaciones o diálogos públicos en ningún momento, sino más bien una alternancia en la voz que se manifiesta –primero la militar, después la de los actores sociales-. También, aunque las conmemoraciones del 24 dan pie para la manifestación de las divergencias y luchas dentro del campo de los derechos humanos, es claro que desde la transición las únicas voces que se escuchan son voces de condena al golpe militar y a la dictadura que se instauró ese día.

## Uruguay<sup>8</sup>

En Uruguay no hay una fecha clara y única de conmemoración vinculada a la dictadura. Hay varias posibles, todas ellas ligadas a los cambios en el acontecer institucional del año 1973 (la instalación del Consejo de Seguridad Nacional en febrero, o la fecha del golpe de estado, 27 de junio). Sin embargo, la conmemoración de ese período y de esos acontecimientos ocurre en dos fechas que refieren a actos de violencia política: el 14 de abril (de 1972) y el 20 de mayo (de 1976).<sup>9</sup>

7 El análisis de las conmemoraciones del 20° aniversario se encuentra en Lorenz 2000.

8 Esta sección se basa en el trabajo de Aldo Marchesi, “¿‘Guerra’ o ‘terrorismo de estado’? Las conmemoraciones en torno a las víctimas de la violencia política y la represión estatal en el Uruguay”, elaborado en el marco del Programa “Memoria colectiva y represión”. Ver también Marchesi, 2001.

9 Una visión histórica general del Uruguay se encuentra en Caetano y Rilla 1998.

El 14 de abril de 1972 el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros asesinó a cuatro figuras políticas, después de anunciar que el “tribunal del pueblo” había condenado a muerte a once personas. Esa misma tarde, la represalia se hizo sentir: fueron asesinados ocho tupamaros. Ese día marca un punto de inflexión en el rol represivo que los militares tomaron en relación a la guerrilla, aun antes del golpe de estado unos meses después.

La empresa conmemorativa comenzó al día siguiente, en el entierro de los cuatro líderes políticos, cuando éstos líderes fueron identificados de inmediato como “mártires”. Asimismo, esto se manifiesta en el primer nombre que militares y políticos de derecha dan a esa fecha es claro: “Día de homenaje a las víctimas de la insania”. En 1975, los militares transforman la fecha en una fecha oficial: “Día de los caídos en la lucha contra la sedición”. De esta manera, el gobierno dictatorial vinculaba su cruzada fundacional para un nuevo Uruguay con el recuerdo de los “mártires” que lo hicieron posible.

En la transición, la fecha se tornó fuente de conflictos. En 1985, el presidente Sanguinetti intentó cambiar el sentido de la fecha, cambiando su nombre: “Día de los caídos en defensa de las instituciones democráticas”. La derecha y los militares se opusieron al cambio, porque se perdía el sentido de su lucha “anti-sedición”. Tampoco sirvió para ampliar el espectro social que aceptara esa conmemoración, ya que las fuerzas democráticas progresistas no asumieron la fecha como propia. El acto oficial en ese día se mantuvo, pero muy disminuido. Los militares se recluyeron en conmemoraciones dentro de sus cuarteles, y las autoridades gubernamentales, que man-



tienen un acto público hasta el día de hoy, eliminaron los discursos alusivos a partir de 1987.

La otra fecha, el 20 de mayo, conmemora el asesinato de cuatro uruguayos cometido en Buenos Aires en 1976. Se trataba de dos líderes políticos democráticos (el senador Michelini y el presidente de la cámara Gutiérrez Ruiz) y dos líderes tupamaros. Durante la dictadura, la fecha se convirtió en un emblema para la oposición política uruguaya, mayormente en el exilio. Era una fecha que

convocaba a un consenso amplio de las fuerzas democráticas. Después de la transición, la fecha sirvió como espacio de conmemoración más amplio, recordando a todas las víctimas de la represión política por parte del estado. Se trata, claramente, de una fecha societal que nunca fue integrada al calendario estatal.

El 14 de abril construye la representación de una “guerra”. La narrativa es que en los años sesenta, el estado estaba en riesgo de ser destruido por la “subversión”. Se hizo imprescindible luchar contra ella con toda la fuerza, y en el proceso pueden haber sido cometidos algunos “excesos” (hay discrepancias, entre distintos actores que aceptan la fecha, en cuanto a la necesidad y el grado de esos “excesos”). El resultado fue la victoria: la subversión fue destruida y el estado sobrevivió.

El 20 de mayo construye una narrativa que denuncia el terrorismo de estado. El espectro de participantes también es heterogéneo, desde el centro a la extrema izquierda. En este caso, la narrativa del pasado reciente comienza en 1973 cuando los militares tomaron el poder por la fuerza y la dictadura afectó la vida cotidiana de todos con sus prácticas represivas. No se habla de lo ocurrido antes de 1973, cosa que generaría enormes diver-

gencias entre los participantes en estas conmemoraciones -especialmente en la condena o aceptación de la lucha armada-.

Ambas narrativas coexisten en el Uruguay contemporáneo y no hay diálogo entre ellas. Quienes van a uno de los actos claramente no se presenta en el otro. Ambas están “atrincheradas” en sus posiciones, y hasta ahora parece haber poco lugar para superar esta dualidad. Sin embargo, el reciente reconocimiento por parte del presidente Battle de que hubo violaciones a los

derechos humanos durante la dictadura y la conformación de la Comisión para la Paz puede estar abriendo un espacio para la elaboración de nuevos sentidos del pasado dictatorial reciente.

### Chile<sup>10</sup>

Desde 1973, el 11 de setiembre es una fecha altamente conflictiva en Chile. La confrontación entre una imagen del golpe militar como experiencia “liberadora” y otra que lo ve como aberración y desgracia están instalados en la sociedad chilena desde entonces. En el período inicial (1974-1977) quedaron planteados los discursos antagónicos acerca del 11: de un lado, el triunfo; del otro, silencio y sufrimiento. Las conmemoraciones oficiales públicas eran masivas, dirigidas a mostrar la “recuperación de la paz interna”. Había marchas y espectáculos festivos en lugares públicos. Para la oposición, eran años de miedo, des-



confianza y represión. La conmemoración era en espacios privados, como expresión de dolor y duelo. Unos años más tarde, algunas expresiones visibles de este dolor comenzaron a aparecer: mujeres vestidas de negro por las calles, o visitas al cementerio.

En 1981, el régimen declaró al 11 como fecha oficial. Muy pronto, sin embargo, la “tranquilidad” nacional y la institucionalización del régimen comenzaron a ser cuestionadas abiertamente. Durante la década de los

ochenta, las luchas acerca del 11 eran violentas, abiertas, con confrontaciones en las calles. Las fuerzas de oposición comenzaron a organizar y expresar su protesta frente al régimen. Las “protestas” se desarrollaban todos los meses, los días 11. Hasta 1987, el mes de setiembre traía renovada represión, también renovadas protestas. Fueron los “setiembreros sangrientos”, con mucha represión y muertes en barrios populares.

La transición chilena fue compleja (Drake y Jaksic, 1999, entre otros) y el 11 fue afectado directamente por esta complejidad. Se pueden detectar tres posiciones básicas: a) las elites políticas querían distanciarse de la fecha y querían abolirla como feriado nacional; b) la izquierda y varios movimientos sociales querían mantener la conmemoración del horror de la fecha como símbolo de la continua lucha por la justicia; c) los partidarios de Pinochet querían mantener la fecha como símbolo del hecho heroico.

Diez años después de la transición, el 11 de setiembre sigue siendo una fecha controvertida en la sociedad chilena, como si la controversia de casi tres décadas atrás se hubiera abierto nuevamente (si es que alguna vez se había cerrado):<sup>11</sup> ¿fue el 11 la fecha en que

10 Esta sección se basa en el trabajo de Azun Candina, “El día interminable. Memoria e instalación del 11 de setiembre en Chile”, elaborado en el marco del Programa “Memoria colectiva y represión”.

Chile fue salvado del marxismo totalitario y en que comenzó la reconstrucción democrática del país? ¿Fue la fecha de la muerte de la democracia, que sólo ahora puede comenzar a renacer? Este quiebre dual que marcó la fecha durante tantos años es, sin embargo, mucho más complejo hoy en día, y muchas voces intentan ir más allá de estas visiones dualistas simplificadoras. Las conmemoraciones incluyen claramente luchas entre distintos “empresarios de la memoria” (Jelin, 2001), que están trabajando para construir los legados y herencias que quieren dejar a las futuras generaciones y a la posteridad.

El 11 de setiembre ofrece un espacio renovado para quienes tienen una larga experiencia de participar en marchas masivas y en manifestaciones públicas. Ofrece también un espacio para actores nuevos -inclusive para quienes rechazan el sistema político existente, grupos marginales que se identifican sea como mapuches, como anarquistas, como izquierda, etc.-. Del otro lado, las manifestaciones frente a la casa de Pinochet, o en la Escuela Militar, continúan. Es fácil de entender entonces que desde la transición, los presidentes chilenos prefieren estar fuera de Santiago el día 11.<sup>12</sup>



### Brasil<sup>13</sup>

En la madrugada del 1 de abril de 1964 se produjo un golpe de estado en Brasil, una “revolución” en la terminología elegida por el nuevo régimen. Prefirieron desde ese momento inaugural, sin embargo, datar el evento el 31 de marzo y no el 1 de abril. La razón fue muy sencilla: necesitaban una fecha “seria” y el 1 de abril no lo es.<sup>14</sup> O sea, lo que se intentó establecer como acontecimiento es una “revolución” que sucedió el 31 de marzo, y

presentarla como fecha fundacional de un proyecto de libertad y progreso.

En los años siguientes, no hubo muchos actos públicos o eventos especiales para la conmemoración de la fecha. Siempre hubo conmemoraciones militares dirigidas hacia el interior de las Fuerzas Armadas. Además, en un sentido institucional fuerte, el régimen utilizó el sistema educativo para la conmemoración. En el décimo aniversario de la “revolución”, por ejemplo, las escuelas debían trabajar con los alumnos el tema *Diez años construyendo el Brasil*. Lo que contaba eran los logros del régimen en un clima de optimismo, no la referencia al pasado anterior, tema que era rescatado en las conmemoraciones y discursos oficiales. Para conmemorar los diez años hubo una “Semana de Conmemoraciones” con discursos ministeriales transmitidos por cadena nacional todos los días. Los logros del régimen y el reequipamiento y modernización de las fuerzas armadas eran una constante en esos discursos. Pero también lo era la

11 Sin duda, los avatares de la detención y procesamiento de Pinochet desde octubre de 1998 influyeron en este “pasado presente”.

12 Esta tradición fue quebrada en 2000 por el nuevo presidente Ricardo Lagos, quien participó en algunos eventos en esa fecha. La ironía fue la cena que los pinochetistas organizaron en el restaurante “Los buenos muchachos”.

13 Esta sección se basa en el trabajo de Alessandra Carvalho y Ludmila da Silva Catela, “31 de marzo de 1964: una memoria deshinchada”, elaborado en el marco del Programa “Memoria colectiva y represión”.

14 El 1° de abril es el “día de la mentira”, similar al “día de los Santos Inocentes” en Argentina, fecha en que se preparan bromas y mentiras que terminan con la frase, “que la inocencia te valga”.

“radiante alborada de fe cívica y convicción democrática” que significó el levantamiento del 64 frente al caos y la amenaza comunista.

En ese período, no había lugar para voces disidentes, acalladas no tanto por la represión inicial de 1964 sino por la profundización dictatorial a partir de fines de 1968, cuando se instituyó el Acta Institucional N° 5, que limitaba la libertad de expresión, incorporaba la censura en la actividad cotidiana, y que tuvo como efecto práctico un aumento muy sustancial de la represión directa.

Podría decirse que a la ambigüedad de la fecha del golpe del 64, se agrega en Brasil la dualidad de fechas –la del 64 y la del 68- lo que impide datar de manera unívoca el cambio de condiciones de vida ligadas al cambio de régimen político.

Diez años más tarde, en 1984, el clima de conmemoración era totalmente otro. Las fuerzas armadas reiteraban el significado histórico de la “revolución” como expresión máxima de la identificación entre fuerzas armadas y pueblo brasileño, y llamaban la atención sobre la similitud de la amenaza reinante antes del golpe del 64 y la amenaza implícita que existía en 1984. Es que en ese momento, la demanda social de elecciones directas y la urgencia de la transición dominaban la escena pública. Los medios de comunicación hacían referencia a un régimen militar “envejecido”. Las voces en el espacio público eran múltiples, con una confrontación central, marcada por el contraste entre las consignas “Brasil, ámelo o déjelo” (consigna del gobierno dictatorial más duro, el del General Médici a partir de 1969) y “Directas ya”, la demanda de democratización que llevó a las elecciones de un presidente civil en 1985.



La conmemoración militar de 1994 (los treinta años) fue la última. Los tres ministros militares emitieron una orden del día conjunta, titulada “31 de marzo de 1964”, en la que una vez más señalaban que la intervención de las fuerzas armadas fue necesaria para proteger los valores básicos de la nacionalidad y la sobrevivencia de las instituciones, reiterando su visión del apoyo popular que tuvo la “revolución”. Desde los medios de comunicación de masas y el mundo académico, por otro lado,

seminarios y suplementos fueron los espacios donde la reflexión crítica de la dictadura se desplegaba.

Al año siguiente, 1995, asumía como presidente Fernando Henrique Cardoso, quien fuera perseguido por el régimen militar. Por primera vez, no fue emitido ningún mensaje militar el 31 de marzo, y no hubo ninguna conmemoración programada. Terminaba así una tradición militar mantenida durante treinta años, que incluía la presencia del presidente (inclusive de los presidentes civiles) en los actos oficiales militares.

La eliminación de la fecha en los calendarios oficiales, sin embargo, no implica silencio u olvido. Todos los años, la prensa dedica mucho espacio al tema, basando sus reportajes en memorias de personas comunes o de grandes personajes políticos e intelectuales. Es una fecha que sigue convocando a intelectuales en seminarios y reuniones. Finalmente, a partir de 1987, la organización *Tortura Nunca Mais* entrega cada año, en esa fecha, la medalla “Chico Mendes”, instituida para homenajear a quienes sufren o sufrieron violaciones a derechos humanos y a sus defensores, en el mundo entero.



---

## Paraguay<sup>15</sup>

La cuestión de las fechas de conmemoración ligadas a la dictadura del Paraguay nos lleva en una dirección totalmente diferente. No hay conmemoraciones o memorias públicas de la fecha del golpe de estado de 1954, ni de la asunción de Alfredo Stroessner como presidente electo ese mismo año. Tampoco se ha instalado como fecha de conmemoración el día del golpe que derribó a Stroessner en 1989 (ocurrido la noche del 2 al 3 de febrero). La fecha de celebración más importante durante el gobierno dictatorial, y que continúa siendo una fiesta popular desde entonces, es el 3 de noviembre, día del cumpleaños de Stroessner.

La celebración del cumpleaños del dictador como festejo público comenzó poco tiempo después de su toma del poder. La celebración incluía un saludo mañanero al dictador, con una larga caravana de personalidades y personas comunes inundando de flores los jardines de su casa. Por la noche, la fiesta popular se desarrollaba año tras año en el barrio Stroessner, siempre con la inauguración de alguna obra pública.<sup>16</sup> Y a lo largo del día, las radios y otros medios de comunicación se dedicaban a difundir los saludos al General, con transmisión de polcas y canciones alusivas.

El primer año post-transición (1989), no hubo grandes celebraciones. Para muchos, la fecha podría haber recibido el nombre de “Día de la infamia nacional”. La noche anterior, hubo una “Vigilia contra la impunidad” en el centro de Asunción y al día siguiente, una manifestación nacional de repudio a la fecha, convocada para reclamar castigos a los responsables de la represión durante la dicta-

dura y exigir justicia. Al mismo tiempo, en el barrio se reunían para recordar el cumpleaños, con llamados telefónicos de felicitación a Brasil, lugar de exilio del dictador. Al año siguiente, no hubo manifestaciones de repudio a la dictadura, y las celebraciones en el barrio fueron reprimidas.

Poco a poco, a lo largo de la década de los noventa, la fiesta barrial volvió a convertirse en el centro de la conmemoración, sin que hubiera ninguna actividad anti-dictatorial. El nombre del barrio fue cambiado, y el busto de Stroessner retirado de la plaza. Aún sin la presencia de las marcas personales del dictador, la gente se viste de fiesta (colorada), hay baile y decoraciones alusivas, fuegos artificiales y llamadas telefónicas de larga distancia a Brasil. La fiesta combina los patrocinios políticos de líderes stronistas importantes (pero que no se expresan de manera pública) y la organización de liderazgos locales en el barrio.

Posiblemente sea la desilusión con las condiciones económicas, políticas y sociales lo que explique la vigencia de esta celebración y la nostalgia por el pasado autoritario. Quienes celebran obtuvieron favores y prebendas del régimen. Al mismo tiempo, quienes fueron reprimidos y silenciados no encuentran un espacio y una fecha adecuada para conmemorar las violaciones, sus demandas y sus sentimientos. Sus memorias no han construido rituales y conmemoraciones públicas que permitan un espacio de comunidad e identidad compartida. Sus demandas se actualizan en las varias coyunturas críticas que el país vivió en la última década (el intento de golpe de Oviedo en 1996, las manifestaciones ciudadanas en marzo de 1999, por ejemplo). En esos momentos, las fuerzas democráticas, compuestas por viejos que tienen memorias personales de la represión stronista y por jóvenes a quienes les fueron transmitidas, salen al campo de lucha para contener la posibilidad de un retorno dictatorial. En esos momentos, sin embargo, son las condiciones presentes las que dominan la escena, y la memoria del pasado se esfuma.

---

15 Esta sección se basa en el trabajo de Myrian González Vera, “3 de noviembre, ‘fecha feliz’: los cumpleaños de Stroessner en Paraguay”, elaborado en el marco del Programa “Memoria colectiva y represión”.

16 El barrio Stroessner fue inaugurado el 3 de noviembre de 1957. Ese año, Stroessner colocó la piedra fundamental del barrio, inaugurando una plaza y un busto en su homenaje, además de entregar casas a los primero/as beneficiario/as. Desde entonces, la fiesta barrial expresó la “gratitud” popular a los favores del régimen.

Es posible que pasado y presente estén demasiado cerca uno del otro en el Paraguay contemporáneo. Sin embargo, en ese escenario de desilusiones presentes e idealizaciones pasadas, existe el riesgo de que las memorias de “los gloriosos días de antes” se tornen la “verdad histórica” para una parte de las nuevas generaciones.

### **Las conmemoraciones en perspectiva**

Las fechas y aniversarios son coyunturas en las que las memorias son producidas y activadas. Son ocasiones públicas, espacios abiertos, para expresar y actuar los diversos sentidos que se le otorga al pasado -reforzando algunos, ampliando y cambiando otros-. Hay algunas constantes, sin embargo, que responden a los marcos institucionales y a las modalidades en que diversos actores sociales se apropian de ellas y las enmarcan en sus propias identidades y en sus propios proyectos.

Es bastante uniforme en los diversos países el sentido que los militares dieron a sus acciones políticas (un discurso que pone el énfasis en su rol de defensores de la nación -y, en casi todos los casos, la democracia-). Cuán público y amplio es su mensaje o cuán cerrado a la corporación militar y a los cuarteles depende de las circunstancias, al igual que el grado de repercusión popular que puedan llegar a tener. Aún cuando la presencia pública sea limitada, siempre les queda el espacio institucional propio para reafirmar sus identidades y su auto-justificación.

Hay otra constante en esta historia comparada y compartida: el papel secundario que tienen los partidos políticos y el propio estado democrático en las conmemoraciones. Claramente, no son actores centrales en la elaboración de memorias sociales o en el intento de dejar “legados”. Son más bien los actores sociales -organizados en el movimiento de derechos humanos o dispersos en la forma de protestas populares, heterogéneos y diversos- quienes intentan presentar memorias al-

ternativas a las de los militares, reclamando por una versión del pasado que rescate la represión y el sufrimiento. Son ellos también quienes demandan justicia y protestan por la impunidad.

Hay tres cuestiones que pueden ser presentadas como reflexión final. Primero, está claro que en momentos públicos significativos como las fechas de conmemoración, no todos comparten las mismas memorias. La memoria se refiere a las maneras en que la gente construye un sentido del pasado, y cómo relacionan ese pasado con el presente en el acto de recordar o recordar. Hay distintos tipos de “gente”: quienes vivieron personalmente el evento o período que se recuerda, y quienes son parte de un cuerpo colectivo que comparte una base de saberes culturales a través de complejos procesos de identificación, pertenencia y transmisión. Debe tenerse en cuenta que estamos hablando de circunstancias traumáticas que pueden dejar vacíos, huecos y fracturas en la posibilidad de expresarse y de transmitir relatos. En el límite, lo traumático implica que no haya palabras, y en consecuencia que no haya memorias narrativas, no haya comunicación o transmisión, solamente repetición de síntomas y silencios. Lo indecible se dice entonces en fragmentos y mensajes quebrados.

Una cuestión -necesariamente abierta- se refiere a las visiones y a la participación de las cohortes más jóvenes, que no han vivido personalmente los eventos que son conmemorados. Hay ocasiones en que los jóvenes manifiestan una total falta de interés en relación a ciertos eventos del pasado. Otras veces, algunos jóvenes se comprometen totalmente y manifiestan posiciones militantes en relación a esos eventos. Las diferencias entre cohortes -entre quienes han vivido la represión en distintos momentos de sus vidas personales, entre ellos y los muy jóvenes que no tienen memorias personales del período de represión- y las relaciones y diálogos que se establecen entre generaciones y cohortes producen una dinámica societal específica en lo referente a la cuestión de la memoria. La información y el

---

conocimiento, los silencios, sentimientos, ideas e ideologías, son los bienes simbólicos que son transmitidos. Sin embargo, hay incertidumbre sobre cuáles serán las nuevas interpretaciones, tanto en el plano individual como en el grupal.

En segundo lugar, las fechas de conmemoración, como parte de la memoria misma, sufren transformaciones a lo largo del tiempo, visibles especialmente en las manifestaciones públicas en las fechas en cuestión y en los discursos políticos, cuando se los compara año tras año. ¿Se puede entonces separar pasado y presente? ¿Es posible que el significado de un evento cambie tan profundamente que la razón inicial de su existencia se torne solamente un “pretexto” para luchas políticas y sociales que siempre están relacionadas con el presente? Las actividades que se llevan a cabo, ¿son conmemoraciones de acontecimientos pasados o vehículos de una lucha política coyuntural, semejantes a la propaganda electoral o a denuncias de enemigos políticos? En otras palabras, lo que nos estamos preguntando es sobre el lugar que puede existir en la esfera pública para la memoria social de sujetos históricos.

En tercer lugar, queda abierto el tema de la relación entre los procesos sociales y el estado, o más bien los procesos de legitimación y reconocimiento de las responsabilidades. Ya fue recalada la ausencia del estado en las conmemoraciones. Ahora bien, si el estado fue el represor, ¿cómo se lo puede volver a traer al escenario de la acción? ¿Asume el estado la responsabilidad por el pasado? ¿O alternatively rompe con ese pasado, como si no le fuera propio? El equilibrio entre legitimidad, responsabilidad y acción estatal es siempre inestable. Es claro que el tema está abierto, y las aguas están revueltas, porque además de los actores sociales en cada país, aparecen en el escenario instancias internacionales legitimadoras de las demandas sociales.

## Bibliografía

- Acuña, Carlos y Catalina Smulovitz, 1995, “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional”, en *Juicio, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Caetano, Gerardo y José Rilla, 1998, *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al MERCOSUR*, Colección CLAEH / Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- Celiberti, Lilian y Lucy Garrido, 1989, *Mi habitación, mi celda*, ARCA, Montevideo.
- Drake, Paul e Iván Jaksic, compiladores, 1999, *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, Lom, Santiago.
- Feld, Claudia, 2001, “El duelo es imposible y necesario. Entrevista con Henry Rousso”, en *Puentes* N° 2, Comisión de Derechos Humanos de la Provincia de Corrientes, Argentina.
- Jelin, Elizabeth, 1995, “La política de la memoria: el movimiento de derechos humanos y la construcción democrática en Argentina”, en *Juicio, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Jelin, Elizabeth, 2000, “Memorias en conflicto”, en *Puentes* N° 1, Comisión de Derechos Humanos de la Provincia de Corrientes, Argentina.
- Jelin, Elizabeth, 2002, *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Madrid y Buenos Aires.
- Jelin, Elizabeth, editora, 2002, *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Siglo XXI, Madrid y Buenos Aires. OJO OJO.
- Keck, Margaret y Kathryn Sikkink, 1998, *Activists Beyond Borders. Advocacy Networks in International Politics* Cornell University Press, Ithaca.
- Lima, Samarone, 2000, “Clamor: a memória em retalhos”, Informe de investigación manuscrito.
- Lorenz, Federico, 2000, “La memoria estimulada: los veinte años del golpe militar”, Trabajo presentado en las Jornadas de Investigación sobre memoria de la represión, IDES, Buenos Aires, agosto.
- Marchesi, Aldo, 2001, “La guerra y la paz” en *Puentes* N° 2, Comisión de Derechos Humanos de la Provincia de Corrientes, Argentina.